

EL DISCURSO TEOLÓGICO SOBRE EL DIOS VIVO*

Una vez Tzu-Lu le preguntó a Confucio: “Si el señor de Wei te llamara para encargarte de la administración del país, ¿qué sería lo que harías en primer lugar? El Maestro respondió: “La reforma del lenguaje” (*Libro XIII de los Anales*).

¿Por qué tiene tanta importancia y actualidad la cuestión del discurso teológico sobre el Dios vivo? Porque vivimos en una época en la que se sigue cuestionando la validez y el sentido de los lenguajes religiosos, vivimos en una época en la que la indiferencia religiosa hace que los discursos religiosos pierdan relevancia existencial en la sociedad y en la cultura.

Es un hecho que el discurso teológico ha perdido significatividad hoy. Basta observar el desconcierto de muchos contemporáneos al hablar de Dios. He aquí algunos ejemplos bien paradigmáticos: padres y profesores de religión que buscan, a duras penas, dar con el lenguaje apropiado para hablar de Dios a sus niños y jóvenes o teólogos que se sienten incapaces ya de hablar sobre Dios, cuando no debiera ser otro su quehacer, si realmente la teología ha de ser un “hablar sobre Dios”. Por una parte, ciertas formas del lenguaje de la tradición teológica resultan caducas por su carencia de significatividad y así sucumben ante la crítica de la razón lingüística, por otra, se da una carencia de un lenguaje adecuado para anunciar y expresar experiencias inefables como el Misterio de Dios o la resurrección de Jesús. Hay que hablar para poder comunicar. Se habla de “experiencias religiosas”, de lo “divino”, de lo “último y supremo”, de lo “absoluto”. Se trata, en definitiva, de la experiencia en medio de la vida del Dios que ama, prueba y salva. Pero el

* *Lección académica “in die Facultatis”. Facultad de Teología. Universidad Pontificia de Salamanca.*